

A las cinco de la mañana, en una desvencijada sala de espera del aeropuerto de *São Paulo* (Brasil), hacía recuento de mis pertenencias: cámara de fotos, pasaporte, libreta de direcciones... ¿Libreta de direcciones? Primera baja. Había olvidado en Oviedo la libreta con los teléfonos de contacto que durante meses estuve recopilando.

Habría sido mejor que hubiera dejado de repasar la lista, pero me resultaba difícil evadirme. Mi espíritu aún estaba en España, porque, como suele ocurrir, los detalles de última hora son muchos más de los que pensamos y ocupan toda nuestra atención. En mi caso no era un asunto trivial. Mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados.

Tras cinco años trabajando en una notaría de Madrid decidí renunciar a la seguridad del sobre a fin de mes, por un sueño: recorrer el mundo en bici.

Vivía de alquiler en la capital, y dos semanas antes del viaje, tuve que hacer la mudanza a la casa de mi madre, en Oviedo. Para ahorrar dinero, contraté el servicio con una persona que ofrecía “portes económicos”. La mudanza me salía tan barata, porque yo debía ayudarle a meter todo en su furgoneta y viajar con él desde Madrid para descargarlo en Oviedo. Quedamos en mi casa a las ocho de la mañana, pero al ver que no llegaba, comencé a bajar algunas cajas. Tres horas más tarde el tipo seguía sin aparecer, y yo ya tenía todos mis objetos personales en la acera. Le llamé por el móvil y se excusó diciendo que, como ese día terminaba la Vuelta a España en Madrid, había muchas calles

cortadas. Mi cabreo y mi dolor de espalda se esfumaron cuando le vi aparecer. No era agradable contemplar mi ropa, mis muebles y mis recuerdos, a la vista de todo el que por allí pasaba. Parecía que me hubiesen desahuciado.

—No va a caber en la furgoneta —fue lo primero que dijo al llegar.

—Pues tiene que entrar, porque no tengo dónde dejarlo —le contesté.

Metimos lo que pudimos y el resto lo subimos de nuevo. El alquiler del apartamento finalizaba ese mismo día a las doce de la noche y debía dejarlo vacío.

Lo único que se me ocurrió fue llamar a un amigo. Afortunadamente era domingo:

Viti, ¿estás en casa?

Sí, ¿por qué? —replicó sorprendido; ya me había despedido de él ayer.

Por nada. No te muevas que voy para allá,

Por culpa de la Vuelta ciclista, nos costó Dios y ayuda atravesar Madrid a las dos de la tarde y llegar hasta su casa. Mi cara de preocupación fue suficiente para que Viti aceptara meter en su cuarto todo lo que traíamos. De nuevo a descargar la furgoneta y a subir cajas y más cajas. ¿Por qué acumularemos tantas cosas innecesarias?

Volvimos a mi barrio y llenamos la furgoneta con el resto de las cosas y pusimos, por fin, rumbo a Oviedo. A las dos de la mañana llegábamos a nuestro destino. Por suerte mi madre vivía en un primer piso. Al terminar la mudanza del primer cargamento, el hombre quería que le acompañara a Madrid para traer el resto.

—Ni loco. Me he pasado toda la noche embalando, y luego subiendo y bajando cajas..., estoy muerto. Te pago el doble

de lo acordado y el próximo fin de semana te subes lo que quedó en casa de mi amigo.

Aunque no pareció muy convencido, regresó solito a Madrid. A los dos días yo debía tomar el avión para comenzar el viaje.

Con el stress de los últimos días en España, que me hubiera olvidado la libreta de direcciones, era lo mínimo que me podía haber pasado. ¡Al menos no había olvidado la bici!

Ésta viajaba en la bodega del avión junto con el resto de mi equipaje. Tras la experiencia de la mudanza, tener que meter mis pertenencias en cinco bolsitas me parecía sencillo. Calcetines ¿dos o tres?: dos. Calzoncillos ¿tres o cuatro?: uno. Y así con todo.

—*Senhoras e senhores passageiros procedentes de Madrid, o voo da companhia Varig número 7830 com destino a La Paz está pronto para decolar, embarquem por favor!*

La dulce voz de la mujer, hablando en portugués por la megafonía del aeropuerto, me devolvió a la realidad. Mi espíritu ya había llegado.

Cuando el avión aterrizó en la capital más alta del mundo, 4.070 m., sentí una pequeña molestia a la altura de la garganta. No era un picor, más bien una leve inflamación. Estaba acojonado.

Una vez en tierra, desembalé la bici, le ajusté el manillar, coloqué los pedales y las ruedas, y les di aire. Varios taxistas observaban con interés la operación. Ya imaginaban que, al tener la bici, no iba a precisar de sus servicios. Pero lo que ellos miraban con vehemencia era la caja de cartón en la que traía la bici.

—¿Quieres la caja? —pregunté al que tenía más cerca.

—Claro, si a usted no le importa —replicó con naturalidad.

Empezaba a tener conciencia de dónde estaba. Si una caja de bicicleta era un bien deseado, ¿qué pensamientos íes provocarían la bici, el reloj o el saco de dormir?

Coloqué las alforjas en los dos portabultos y descendí a la gran urbe desde el Alto, que es como se llama el pueblo en el que está el aeropuerto de la capital. El cuentakilómetros de la bte no funcionaba. ¿Acaso le afectaba el mal de altura? Varios días más tarde me di cuenta, de que había colocado del revés la rueda que sujetaba el sensor del cuentakilómetros.

Al llegar a las primeras casas de La Paz, me detuve en una plaza atestada de coches que iban y venían amenazando con llevarme por delante. No sabía si torcer a la derecha, o a la izquierda, si continuar recto o quedarme parado. No tenía a dónde ir. Empecé a buscar pensiones, y me quedé en la que me hacía mejor precio. Con lo que me costaba pagar el alojamiento allí no me hubiera llegado en Madrid ni para ir al cine. Doce interminables horas, estuve tirado en la cama de aquella oscura habitación. Sentía que mi cerebro se iba a salir del envase. Debido al mal de altura, aquí denominado soroche, me costaba gran dificultad respirar. Subir la bici, cargada con las alforjas, hasta el tercer piso de la pensión me había agotado. No en vano eran cerca de cincuenta kilos de peso.

Tenía la nariz taponada por una hemorragia nasal, lo que me obligaba a tomar aire por la boca, con la consiguiente sequedad de ésta. La idea de que no hacía ni un mes, tenía trabajo, coche y apartamento en alquiler, me trepanaba el cráneo aumentando mi malestar.

Mi idea inicial se parecía poco a mi proyecto final. En un principio pretendía recorrer Sudamérica en bicicleta y hacer mis espectáculos de clown en algunas ciudades para sacar algo de dinero. “¿Y por qué no actuar gratis?”, pensé una tarde en un sugerente atasco de Madrid. Podría ser algo así como una ONG sobre dos ruedas, que va regalando sonrisas a la gente más humilde. Todo proyecto que se precie debe tener un nombre, y si voy a darme una

paliza de kilómetros, mejor que estos sean dulces, alegres... *KILÓMETROS DE SONRISAS*. El proyecto ya tenía nombre.

Sería algo así como un payaso que recorre los países haciendo reír. Rápidamente se vino a mi cabeza la Organización Payasos sin Fronteras. Les conté el proyecto y quedaron encantados. Me apoyarían con un seguro de accidentes por si las moscas. Lo que más deseaba era no tener que utilizarlo, pero lamentablemente, o afortunadamente, no todos nuestros deseos se cumplen. Ramón, un cliente de la notaría, se ofreció a poner a mi disposición su empresa, *NT Consulting*, para desarrollar una web en la que pudiera ir narrando mi viaje por Internet. En pocos días nació **www.biciclown.com**.

Infructuosamente busqué patrocinio para este proyecto solidario: Acción Contra el Hambre, Caritas Internacional, Cruz Roja... A todos les encantaba la idea pero nadie aportaba ni una miserable peseta. Desilusionado, pero decidido a llevar a cabo la empresa, vendí mi coche para financiar el proyecto. *KILÓMETROS DE SONRISAS* sería un proyecto “auto-financiado”. Como comprendí mucho tiempo después, los verdaderos sueños sólo tienen un motor: el corazón de quien los ideó.

Rectas y más rectas fueron mi compañía hasta que, al doblar una de las escasas curvas del camino, se mostró ante mí la bahía de Puerto Madryn. Los últimos kilómetros, con la vista fija en el mar, fueron un deleite. Sentía que mi descenso era acompañado por los acordes de la Filarmónica de Viena, que acomodaban sus pizzicatos a mi avance. Zigzagueaba de un lado a otro de la carretera acunado por mi alegría.

Un contacto anterior me ofrecía la posibilidad de llegar a un lugar en el que me esperaba una familia para pasar esos días. Tras las presentaciones de rigor, me duché y fui a ver las novedades de la web y el correo. En el buzón de entrada había mensajes de ánimo de muchas personas y varios programas de radio de España querían contactar para entrevistarme. Acordé un par de citas ofreciendo el teléfono de mi familia adoptiva y volví para ayudar a preparar la cena. No era en esta ocasión una cena tan multitudinaria como la de Nochebuena, pero a la hora del brindis no podía faltar la sidra *El Gaitero*, “famosa en el mundo entero”.

Al día siguiente, uno de enero de dos mil dos, me sorprendió ver los comercios abiertos. Un crucero había atracado en la bahía y sus pasajeros estaban cargados de pesos argentinos que deseaban canjear por cualquier mercancía en la que se pudiera leer “hecho en la Patagonia”. Y es que Puerto Madryn estaba a las puertas de la novelada Patagonia. Mezclado entre los acaudalados turistas investigué en las tiendas de regalos cuál era el bien máspreciado. Sin duda alguna la palma se la

llevaba todos los objetos relacionados con ballenas, en sus más diversas y pintorescas modalidades: cucharas, percheros, abrebotellas..., lo que fuera. Cualquier objeto era válido, siempre que tuviera la forma de ese mamífero que hacía ganar tanto dinero a la ciudad. Septiembre era la época de las ballenas. Entonces, se aproximaban tanto a la costa, que sus resoplidos se podían escuchar desde el muelle de la ciudad. Incorporé a mi equipo de viaje una cuchara de madera que asemejaba el lomo de una ballena. Así podría remover las verduras y las salsas en mis ollas sin rallar el fondo de teflón que las recubría. Tenía además dos características fundamentales: era ligera y pequeña. No podía incluir en mí equipaje cualquier cosa. Todo era peso que jugaba en mi contra cuando el viento venía a mí encuentro. Tampoco tenía mucho sitio donde meter mis pertenencias. Tan sólo cinco alforjas y la bolsa del manillar, en la que guardaba la cámara de fotos, documentos personales y algo de dinero. El resto del capital viajaba oculto en la tubería de la bicicleta o descansaba en mi cuenta bancaria. A ella tenía acceso con la tarjeta de crédito, que había escondido tan bien, que a veces me costaba encontrarla.

Si a la gente le pidieran que metieran sus pertenencias en cinco alforjas, no sé si lo lograrían. Hay que valorar lo que realmente es necesario y lo que es prescindible. En mi caso, prefería llevar un botiquín que un discman, un libro que dos camisetas de repuesto, una llave inglesa que desodorante. Y encima tenía que dejar lugar para llevar los artículos de malabares, la ropa de payaso, el maquillaje...

Comenzaba un nuevo año, y en la tienda de bicis de la ciudad, Sebastián le regaló a *Quirlig* una revisión, un par de cámaras y un botellín de agua.

— Por eso de ser Navidad — me dijo.

Me dirigí hacia Trelew, en la provincia del Chubut, a sólo 70 km. de Puerto Madryn. En la Asociación Española de Socorros Mutuos no me hicieron mucho caso. La mayoría de los directivos estaban de vacaciones en Playa Unión, a menos de veinte minutos en coche, pero no estaban dispuestos a que mi proyecto les interrumpiera su merecido descanso.

Utilicé el último cartucho de paciencia y fui a la iglesia, pero los curas tenían un congreso en Comodoro Rivadavia. Cabizbajo, salía ya del despacho parroquial, cuando la mujer de recepción vino corriendo a buscarme:

— Espera, recuerdo que ayer me llamó una catequista para decirme que ibas a venir.

— ¿Ayer? —, le respondí entre sorprendido y molesto— ¿y se le había olvidado?

La catequista era Lucía, hermana de Mónica, la mujer de Gustavo Yepes, aquella gente estupenda que me había hecho socio de honor del Centro Murciano en Córdoba. Salvado por la campana.

Lucía y su marido Luis vivían en una modesta casa a las afueras de la ciudad con sus cuatro hijos y con Fernando, hermano de Lucía, que había venido de Córdoba a buscar trabajo. En Argentina, cuando uno piensa en buscarse la vida en otra ciudad, se recorre a veces tanta distancia como si de España se fuera uno a Holanda.

Era costumbre en Trelew que el día de Reyes, el Padre Walter acostumbraba a conseguir dinero para comprar unos regalos a los niños de un albergue. Pero debido a los últimos acontecimientos económicos, la situación era muy delicada y no había conseguido el dinero. Mi actuación sería su único regalo.

Actuar el día de Reyes significaba prolongar mi estancia en Trelew. Además, mi presencia producía sin duda trastornos e

incomodidades debido sobre todo a la falta de espacio. Pero para la familia Bartoli aquello no era problema alguno.

—Ya nos apañaremos. Lo más importante es que esos niños puedan disfrutar de un día de Reyes especial —me hizo saber Lucía.

En ocasiones sentía que el proyecto “Kilómetros de Sonrisas” me sobrepasaba con creces. Eran demasiadas tareas a la vez: pedalear por lugares inhóspitos, hacer entrevistas para dar a conocer mi proyecto y la labor de Payasos sin Fronteras, organizar el espectáculo, buscar cobijo cada día, comida, reparar la bici... Demasiadas tareas para un hombre solo, y, sin embargo, en ese momento igual que en otros que ocurrieron después, entendía el total sentido de mi viaje: hacer algo por los demás

Como rezaba una de esas frases cortas del librito que me servía de abstracción cuando soplaban el viento:

“La felicidad consiste en hacer felices a los demás”.

El viaje me estaba dando mucho más de lo que yo había siquiera imaginado, y era necesario que devolviera todo ese cariño. Muchos días habían sido para mí como el día de los Reyes Magos.

Antes de salir de España una persona me hizo un comentario que en su momento consideré un mal augurio:

—Ojalá no te salga todo como tienes previsto.

Por esa costumbre de los seres humanos de pensar siempre mal, no comprendí lo que de bueno había en aquella observación. Todo lo que no planeé en el viaje fue lo que más encanto tuvo.

Con la bici recién revisada, y a la espera de que llegara el día Reyes, disfruté de la agradable compañía de la familia Bartoli. Lucía y sus hijos confeccionaron unos afiches en el ordenador que luego imprimimos y nos dedicamos a repartir por la

ciudad para anunciar el show. Muchas personas no los aceptaban porque pensaban que les íbamos a cobrar por ello.

Durante esos días conocí también a Myn, un coreano amigo de la familia que tenía varias tiendas de ropa, a quien la grave crisis económica no le había borrado la sonrisa. El domingo Myn nos invitó a su casa a comer un asado. No podía ser otra cosa.

— Los asados de Myn son espectaculares —me previno Luis.

Y ya lo creo que lo eran. Myn podía cerrar las tiendas de ropa y abrir un restaurante. En Playa Unión tenía una casa con la planta de abajo dedicada exclusivamente a asador.

— Lo primero es encender un fuego con leña, pero no cualquier leña —matizaba enseguida Myn—. La mejor es *piquillín*, que deja muy buena brasa. Porque el asado se hace con la brasa que queda tras las llamas. Muy lentamente, igual que el buen vino.

El *piquillín* es un árbol que proporciona una frutilla roja de la que se obtiene el aguardiente; con la madera, de excelente calidad, se hacen muebles. Pero Myn le había encontrado otra utilidad más sabrosa.

El asado estaba previsto para las ocho de la tarde, pero a las cinco el coreano ya tenía el cordero ensartado en un palo. El fuego se colocaba en una esquina de la chimenea y, en el otro, bien abierto, se situaba el cordero. En ella se iba haciendo muy poco a poco, gracias exclusivamente al calor que desprendían las brasas y a los propios ladrillos de la chimenea. Con un pequeño recogedor de metal Myn retiraba las brasas de piquillín del fuego y las situaba estratégicamente bajo el cordero. Con el mismo cariño con el que una madre arroparía a su hijo por la noche, iba acomodando calor bajo el despatarrado corderito.

—Toca aquí —me decía el experto cocinero señalándome la parte del cordero que estaba más alejada de las brasas.

—Está caliente.

Ahora es momento de darle la vuelta y de que se dore un poco de ese lado. Si las costillas del animal están demasiado expuestas se pueden quemar. Por eso les he puesto un trozo de manteca atada

¿Eso es importante?

Sí, pero lo fundamental para un buen asado es que la garganta del cocinero nunca esté seca —me contestaba Myn riéndose y apuntándome con el vaso vacío para que se lo llenara de nuevo.

Los demás iban preparando ensaladas de todo tipo, que era el acompañamiento ideal para el asado. Myn no se sentó a la mesa en ningún momento. Parecía el cíclope Polifemo aguardando a la entrada de la cueva. Tba cortando trozos de cordero y los repartía por la mesa. A mí siempre me daba los mejores:

— De aquí para el sur, tal vez no comas más carne —me decía y se reía.

Sus diminutos ojillos de coreano se ocultaban en sus dos cuencas, confiriéndole un aspecto de duende travieso.

De postre no podía faltar el tradicional helado. La crisis económica argentina no podía afectar a esa liturgia que son los asados y los helados. Calmada el hambre, y animados por el vino, me contaban chascarrillos:

— Este pueblo es tan pequeño que te tiras un pedo y todo el mundo se entera.

Era Matías quien hablaba, el hijo pequeño de Lucía y Luis.

Matías también me explicaba que el carné de conducir prácticamente lo regalan.

— Si tenes plata no hay problema. No tenes que ir ni al examen. Aquí la seguridad no existe. Aunque es necesario ir con casco en la moto y está prohibido circular con cuatriciclos por el casco urbano, nadie cumple. Y los policías no multan a nadie porque el hijo del Juez tiene un cuatriciclo y lo usa diariamente para ir a comprar el pan.

Para el día de Reyes ya llevaba tres asados en el cuerpo. Organizamos el espectáculo en el sótano de una pequeña parroquia cuyos fríos muros grises habían tratado de ocultar con varios globos de colores. Al terminar el show una mujer me regaló una camiseta que había pintado la noche anterior con el escudo de Gaiman, un pueblo cercano y un mapa de la provincia del Chubut. Se llamaba Nilda. La camiseta que me había pintado tenía también un escudo con un león en el centro, como en el escudo de Gales.

¿Sabes quiénes fueron los primeros pobladores de estas tierras? —me preguntó.

Creo que eran galeses —le contesté.

—Así es. Llegaron a Puerto Madryn el 28 de julio de 1865 a bordo de un velero llamado *Mimosa*. 153 hombres y mujeres con el único propósito de mantener vivas sus tradiciones, cultura, religión y cultivar este árido y bello suelo patagónico. Uno de aquellos colonos era John Jones, mi abuelo, que fundó el primer periódico de la comarca.

Eso sí que no lo sabía —le repliqué sorprendido.

¿Y has oído hablar de la Torta Galesa?

No, ¿qué es?

La escasez de alimentos a las que reiteradamente debían enfrentarse aquellos colonizadores, obligó a las mujeres a inventar y rebuscar las formas de sacar mayor provecho de los escasos alimentos con los que contaban. Fue así que un grupo de familias

juntó varios ingredientes. Partes de harina, azúcar negra, nueces y otros frutos por el estilo, dando forma a una torta cuyas principales características fueron su alto contenido calórico y su prolongada conservación. Así nació la Torta Galesa. Un postre que es, sin embargo, desconocido en el País de Gales.

¿Y aún se sigue haciendo? —le pregunté.

Sí; mañana si vienes a casa te cuento más cosas y te preparo una.

Eso está hecho señora Nilda Jones. Hasta mañana.

Al espectáculo acudió también Karlos. Me había escuchado en la radio y me invitó a su casa de veinte metros cuadrados, para mostrarme sus inventos y su espectáculo. En realidad su intención era invitarme a comer, pero no tenía apenas dinero. Al día siguiente debía actuar en Puerto Madryn y no sabía aún cómo ir hasta allí. Cobraba 50 dólares por espectáculo, a pesar de ser un gran artista. Tenía en su humilde casa grandes números de magia, algunos muy costosos como la caja para partir a una persona en dos, palomas amaestradas, y un sinfín de maravillas. Me regaló una bolsa de cambios para mi número de la tortilla francesa, y me pidió que le avisara si encontraba trabajo para él en España.

— De lo que sea —apuntilló, por si no había quedado suficientemente patente su necesidad.

Su mujer estaba embarazada y escuchaba en silencio en el otro extremo de la habitación. Tras comer un bocadillo de jamón, la hija pequeña de seis años nos invitó a tomar un café con sus tacitas de juguete. Sorbí el imaginario café, y sentí que me quemaba los labios con tanta cruda realidad.